

GLORIA SANTAMARÍA

— @MIMODEMAMI —

La casa que soy



GLORIA SANTAMARÍA

LA CASA QUE SOY



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Gloria Santamaría, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2025
ISBN: 978-84-670-7682-0
Depósito legal: B. 7.322-2025
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es



1

DIFÍCIL DE ENCONTRAR COMO UNA AGUJA...

Érase una vez... ¿una princesa? Pues no, una mesa.

—¡Venga chicas! —dije dirigiéndome a mis hermanas—. Cada una levantamos la mesa por una pata, la metemos dentro y la colocamos junto a la ventana. ¡Con energía, como lo hacemos todo las Santamaría!

¡Cuántas veces había imaginado esa escena! Cuatro hermanas, las cuatro juntas, cada una en una esquina de la mesa y mi madre de capataz, así, mandando, que se le da muy bien. Una mesa sólida y a la vez ligera, de madera de nogal, oscurecida por el paso de los años y que no puede hablar, pero que ha presenciado la vida de varias generaciones de mi familia. Hay algo que la mesa no sabe, mis hermanas, de momento, tampoco, y no se lo diré hasta que hayamos decorado juntas esta casa.

Carmen es la hermana mayor, casada dos veces con hombres que fueron el amor más grande de su vida y que, ahora que su hija ya es independiente, disfruta de trabajar con universidades de otros países que lo mismo la tienen viniendo de Grecia que yéndose a Finlandia. Nunca ha perdido ni la capacidad de asombrarse ni la de ilusionarse con todo y por nada; intensita que es ella.

De todas nosotras, es la más sociable y flexible, todo lo contrario que la siguiente hermana.

Irene —la pequeña de las mayores—, cuando dice que no a algo, no se deja convencer ni por todo el oro del mundo, lo que, dicho sea de paso, no sería un buen aliciente para ella porque, de puro poco consumista que es, parece espartana. Te dice lo que quieres oír y, si lo que le dices tú no le gusta, nunca jamás discute, con lo que, de primeras, piensas que te está dando la razón, pero lo que pasa en realidad es que te ha dejado hablando sola —aunque de esto solo te das cuenta más tarde, cuando ves que lo que hace no se parece en nada a lo que habíais hablado—. Claramente, es una maestra redomada de la técnica de «por este oído me entra y por este otro me sale y, entremedias, a mí plin», desarrollada hasta la perfección con el paso de los años —actitud que nos fríe un poco la paciencia a quienes estamos a su lado—. Intentó vivir en pareja el mal número de trece años, pero se dio cuenta de que no estaba hecha para eso. Sin hijos, ni gatos, ni perrito que le ladre, vuela libre como quiere.

Alicia —la hermana mayor de las dos pequeñas— es la soñadora de la familia y tiene una exquisita sensibilidad de artista. Por la mañana, soporta un trabajo aburrido de oficina al que va en metro, donde utiliza hojas de antiguos libros de poemas para hacer rápidos y diestros bocetos de los pasajeros que se sientan a su lado. Por la tarde, disfruta impartiendo talleres de encuadernación, dibujo o acuarela a personas de cualquier edad y condición que se contagian rápidamente de su alegría y de su entusiasmo por la creatividad. Comparte el día a día con un marido informático reconvertido al arte por el gusto a la música, con una hija que tiene lo mejor de ambos y

con dos gatas hacia las que derrocha ternura. Ha hecho su vida en Barcelona, pero, en cuanto puede, siempre quiere venir a Segovia a estar con mis padres y es ella, más que ninguna otra de las hermanas, quien imagina una vejez tranquila fuera de la gran ciudad, en un pueblo, viéndose rodeada de campo y de animalitos.

Llegamos a la hermana pequeña y cuarta en danza —que soy yo—, aprendiz de todo y maestra de nada, autoempleada en las redes sociales y aficionada a tocar todos los palos —decoración, bricolaje, costura, moda, complementos o viajes— sin método alguno, haciéndolo todo a mi manera —así, muy deprisa y de cualquier manera, como diría mi madre si le preguntarais—, divorciada y actualmente prometida; madre de tres retoños con apellidos distintos que, además de ser el sol de mis días, son también la causa de no pocas de mis arrugas.

Si me conoces, sabes que llevaba años dedicando gran parte de mi poco tiempo libre a buscar una casita vieja para reformarla y decorarla. Uno de mis entretenimientos era imaginármela como escenario de mis múltiples vídeos de decoración y bricolaje fácil. Para hacer realidad esta fantasía inmobiliaria, me había trillado todos los portales de compra-venta online buscando propiedades baratas en parajes idílicos. Si me iba de vacaciones, miraba las casas del lugar e, incluso, llegué a quedar con algún agente inmobiliario para ver alguna y sopesar si podría ser la casita definitiva.

Hace cierto tiempo, estando de vacaciones en un pueblito cerca del Mediterráneo que me encanta (sin mar, pero cerca de él), en el que hemos descansado ya tres veranos, vi un cartel de SE VENDE en el edificio situado al lado del que me alojaba. Me puse nerviosa pensando

que era una señal y que esa casa podría convertirse en *mi* casa. Llamé al número de teléfono del cartel y concerté una visita para esa misma mañana.

¡Cómo decirte que me pareció fantástica! Era ideal. Lo tenía todo. Era una casa de pueblo con muchos elementos arquitectónicos de la zona: una galería acristalada para aprovechar el sol del invierno, un patio fresquito para el verano, incluso un pozo y una habitación-despensa, que inmediatamente visualicé llena de tarros y utensilios de cocina ordenados con primor. Cuando subí a las habitaciones del piso de arriba, vi que los muebles eran antiguos y de madera maciza. ¡Ojalá no los considerasen tesoros familiares y me vendieran alguno! Había un armario de luna estilo años veinte y otro más sencillo de cuarterones, mesillas con el sobre de mármol blanco unas y rosa otras, sillas, cajoneras y un arcón de tablas de pino reforzado por fuera con chapa de metal que tenía alguna etiqueta de viaje pegada porque, en sus tiempos, ¡había venido en barco desde Cuba! En mi cabeza apareció una imagen de mí misma en la que ya estaba restaurando y pintando varias de las piezas que acababa de ver. En ese momento, mis pensamientos se mezclaron con la voz de la dueña de la casa:

—Si los muebles te gustan, te los regalo porque no tengo dónde meterlos. Nos hemos construido un chalet moderno unas calles más arriba y me ha apetecido poner todos los muebles nuevos con el estilo acorde.

¿Podía ser verdad? Sentí que mi búsqueda había tenido el mejor de los finales, la vida me sonreía, oí sonar música de violines... Espera, quizá... ¿no sería una canción de Pimpinela? Sí, eso era. Incluso me empezó a dar pena pensar que ya no iba a pasar más tiempo viendo

anuncios de casas, localizándolas en el mapa, calculando la hipoteca, contando las habitaciones e imaginando sus posibilidades. Todo presagiaba que mi sueño de tantos años se iba a hacer realidad... cuando me cayó un jarro de agua fría (que me hundió los hombros y me alargó los brazos hasta el suelo) al oír lo que la dueña pedía por la casa, porque en el cartel de la ventana no ponía el precio. En fin, el sueño de la casa de cuento se desvaneció porque se salía del presupuesto por mucho, así que no había ninguna opción de hacerme con ella.

Esta triste sensación de desilusión no es nueva para mí. Después de sentirla, normalmente, llega un vacío que me sube poco a poco y, cuando llega a la cabeza, encuentra que en ella se agolpan razones espontáneamente generadas por mi materia gris que buscan autoconvencerme de que si aquello que me ilusionaba no ha pasado es porque no estaba hecho para mí. De este modo, escucho cosas como: «A ver, Gloria, vamos por partes. Primero, este sitio está a trescientos kilómetros de donde vivimos. Además, aunque parezca que el edificio está bien, en realidad, hay mucha reforma por hacer; hasta el tejado habría que cambiarlo. También es muy difícil estar al tanto de una obra viviendo tan lejos y, si luego quieres decorarlo tú todo —que, por supuesto, lo vas a hacer para grabarte y hacerte mil millones de vídeos y compartirlos en tus redes—, no puedes andar yendo y viniendo; máxime con la fobia que tienes al coche que te impide conducir por la autopista».

Sin embargo, haber estado aquella vez tan cerca de lograrlo me hizo ver que iba a ser difícil plasmar mi sueño en una casa que estuviera tan lejos, así que, desde aquel día, cambié diametralmente el radio de búsqueda

y me centré en la zona donde tenía que haber buscado siempre: en mi tierra y mi sierra, en Segovia. Allí están mis recuerdos, tanto de niña como de joven, y estoy cerca de la familia —de mi extensa familia de primas—, con quien me gusta tanto juntarme y a quienes tanto echo de menos al no vivir allí.

Ese mismo verano acababa de ganar un concurso de televisión que tenía como tema la decoración. El premio consistía en protagonizar un programa en el que había que decorar una habitación mientras un equipo profesional de grabación registraba todo el proceso. Así que, después de la vorágine de los días en que estuve eligiendo telas, maderas, colores y pinturas..., las ganas que tenía de disponer, reformar y decorar de arriba abajo una casa que fuera mía eran más fuertes que nunca.

Precisamente el día que estrenaron el programa, emocionada aún y con lagrimillas en los ojos de verme en la tele, cogí el teléfono móvil y abrí el portal inmobiliario de siempre sin muchas expectativas. Cuando repites esto a diario y buscas en la misma zona, seleccionando los resultados para que aparezcan ordenados del más barato al más caro, llega un momento en que te sabes ya todas las casas de memoria y, según sea el área de búsqueda, hay pocas novedades —lo que era mi caso—. Pero, de repente, aquel día había algo nuevo. Sí, ahí estaba —¡Tachán!—, una edificación que... —sentí que un mariposeo de emoción me presionaba el estómago— ¿quizá sí que estuviera predestinada a ser mía?

Aparecía en primer lugar en la lista de propiedades colocadas por orden ascendente de precio. La más barata. Completamente dentro de mi presupuesto y justo donde quería. El pueblo tenía muy buen acceso. Mis pa-

dres incluso podrían ir desde Segovia en autobús si llegase el día en el que no pudiesen conducir. También estaba cerca de los pueblos en los que viven mis primas, en la zona en la que vivieron mis abuelos... Sentí en el corazón un pellizquito que me decía que esta vez sí lo iba a conseguir, así que me puse en marcha y hablé con la dueña para pedirle que me la enseñara. Me comentó que quien tenía las llaves era un señor del mismo pueblo, me dio el número, llamé y quedamos el sábado siguiente para vernos allí.

Con la visita acordada, llamé a mi madre para ver si quería acompañarme —porque si hay alguien a quien le hace mucha ilusión este sueño después de a mí es a ella— y, aunque estaba recién operada de la rodilla, me dijo que sí, que pasara a buscarla, pues se manejaba perfectamente con las muletas.

Llegamos al pueblo y, en tan solo cinco minutos, supe que el pajar que estábamos viendo iba a ser mi casa. Las paredes eran de piedra y la estructura de madera, pero había que derribarlo por temas urbanísticos. A pesar de eso, me pareció tan precioso que me imaginé haciendo las camitas cual Blancanieves sobre ese suelo viejo de madera y sacando una mesita al jardín para tomar un café al sol.

Antes de volver, mi madre quiso dar una vuelta por los pueblos de alrededor para recordar y para ver la casa donde nació y vivió su madre, la abuela Catalina, antes de irse a Barcelona. También vimos la casa donde había vivido la abuela Juanita, la madre de mi padre, el pueblo de Pedraza y el camino que recorrían a diario mi padre y mi madre con mis hermanas mayores cuando vivían en la casa del maestro de Arcones. Recuerdo que mi madre

iba... ¡exultante! Tanto que cada vez que salíamos del coche se le olvidaba que llevaba muletas y echaba a andar sin ellas unos primeros pasos antes de darse cuenta, por lo que yo no hacía más que acordarme del milagro de Lázaro, pero en versión mi madre y su pueblo, claro. Ya tenía decidido que iba a quedarme con la casa, pero vivir ese día con mi madre afianzó todavía más mi decisión. Era su tierra, eran sus paisajes y sus recuerdos. Y yo le debo a ella que haya sido posible tener, al fin, la casa de mis sueños y disfrutar de mi ilusión.

Ya te contaré por qué.

Por otro lado, algo que no sabía nadie es que, aunque a mi familia le había dicho que el objetivo de comprar la casita era preparar un alojamiento rural como negocio, en mi interior pensaba que, en un futuro, sería la casa de todas las hermanas. El sitio en el que nos reuníamos junto con nuestras respectivas familias para disfrutar de unos días de fresquito en verano y celebrar las Navidades y otras fechas señaladas era la casa de Segovia donde viven nuestros padres; pero, aunque no puedo ni quiero imaginarlo, por ley de vida llegará el día en que no estén. Entonces su casa, difícil de mantener, se venderá, ya que de las cuatro hermanas ninguna vivimos en Segovia: dos estamos en Madrid, otra en Barcelona (como ya he dicho antes) y la última es ciudadana del mundo. Pero todas sentimos esta tierra como lo que es: nuestro hogar. Por eso, en algún momento, qué ojalá sea dentro de mucho, íbamos a necesitar que la casita fuera de todas, para disfrutarla juntas o por separado, con amigos o con familia.

Mientras observaba cómo mis hermanas, todas a una, movían la mesa, pensaba que estaríamos allí dentro de unos años, hablando sin parar, pisándonos la palabra las unas a las otras contándonos algo, como hacemos siempre, y riéndonos desde las entrañas con esa risa estridente y contagiosa que, con que solamente la tenga una de nosotras, ya se nos pega a las demás. Según imaginaba esto, se me saltaban las lágrimas de tristeza porque esa risa es la de mi madre y llegaría el día en que no estuviera. Pero disfrutó del proyecto. Y mucho. De hecho, junto con el arquitecto, me ayudó a tomar las decisiones sobre la distribución de las habitaciones y de los espacios, y pensó en mil detalles más que a mí ni se me hubieran ocurrido.

Si a partir de ahora voy a llamar al edificio «la casita», no es por darle un apelativo cariñoso, sino por el valor diminutivo del sufijo *-ita*. Cuando visité la propiedad por primera y única vez antes de comprarla, lógicamente, vi que no había mucho espacio, pero era tan grande mi ilusión que me convencí de que era mejor que construyese una casa pequeña con frases del estilo de «Si fuera más grande, cuando vengamos los fines de semana, nos los vamos a pasar limpiando», «Siendo así de pequeñita, se calienta enseguida», «Tiene el tamaño ideal para disfrutarla y que el mantenimiento sea fácil», «Cuanto más grandes son las casas, más espacio hay para almacenar y más cosas inútiles se acumulan»...

Así que el tamaño me pareció perfecto porque era el suficiente para que hubiera una planta baja diáfana, en la que el salón y la cocina estuvieran unidos. De esta ma-

nera, habría espacio para colocar una gran mesa, una zona de sofás junto a la chimenea y un aseo de cortesía.

Los metros del piso de arriba daban justo para hacer cuatro dormitorios dobles, uno para cada hermana, y dos baños. También habría espacio bajo la cubierta, que es lo que viene siendo la buhardilla, que en esta zona llaman *sobrao*. Esa parte la tenía perfectamente visualizada: estaría toda forrada de madera y, al tener el tejado a un agua, encargaría que hicieran dos literas contra la pared, una a cada lado. Cuando estuviéramos todos juntos, ahí dormiría la chiquillería y se pondría algún colchón más si hiciera falta puntualmente. En el tejado que baja hacia la parte delantera, habría dos grandes Velux, casi hasta el suelo, desde donde se vería la magnífica vista de la sierra.

Los dormitorios tendrían apenas el espacio necesario para dormir, porque la idea es disfrutar lo más posible de las zonas comunes: tanto la planta baja como el patio y el porche delanteros, a los que saldríamos cuando el tiempo lo permitiera.